



## 5. La izquierda contra el franquismo

### El Partido del Trabajo de España

José Antonio Errejón

Quiero comenzar estos comentarios sobre la historia del Partido del Trabajo de España (en adelante, PTE) agradeciendo a los editores de *VIENTO SUR* la deferencia de poder evocar el rastro militante de una parte de la generación de comunistas agrupados inicialmente en torno a la idea de la revolución socialista. Como les dije cuando me lo propusieron, en absoluto me considero autorizado para tratar de describir los rasgos esenciales de la política defendida por el PTE y antes por el PCE(i). Antiguos camaradas agrupados en torno a la asociación por la memoria histórica del PTE/JGR lo harían con mucho mejor conocimiento de causa.

Así que aprovecharé esta oportunidad que me dan mis amigos y compañeros de *VIENTO SUR* para evocar un tiempo y unas ilusiones comunes a cuantos vimos en la lucha contra la dictadura de Franco una oportunidad histórica para retomar el impulso revolucionario de 1936-1937.

Ante todo debo decir que mi militancia en el PCE(i)/PTE fue, como tantas otras, fruto de la casualidad. Como muchos jóvenes que ingresamos en la universidad a finales de los sesenta, el aliento subversivo que venía de la selva boliviana, de la jungla vietnamita y de las calles de París, no cabía en los límites del “partido” como por entonces todos denominábamos al PCE. Así que mi experiencia se vinculó con la organización que en las facultades de ciencias disputaba al PCE la hegemonía de la militancia universitaria, la FUDE y el PCE (ml). Al recordarlo, evoco la memoria de auténticos luchadores, algunos ya desaparecidos y otros olvidados por el viento de acomodación y oportunismo desatado con la transición del franquismo a la monarquía.

El bullir de las organizaciones maoístas entre la juventud estudiantil y, de forma creciente, en los barrios obreros, merecería un estudio detallado por quien pudiera llevarlo a cabo. En la segunda mitad de los sesenta del pasado siglo las esperanzas y las ilusiones revolucionarias de millones de personas se volvieron a la China popular y a su partido comunista que, después de haber

triunfado en una larga guerra contra la invasión japonesa y contra el Kuomintang de indisimuladas simpatías nazifascistas, se había convertido en el principal oponente del imperialismo americano, una vez que el Kremlin iniciara la política de coexistencia pacífica con el capitalismo, escenificada en la famosa entrevista Kennedy/Kruschev en la sede de la ONU. Ser maoísta para muchos jóvenes obreros y estudiantes era la expresión o la forma de manifestar su oposición al imperialismo y su simpatía por los pueblos en lucha por su descolonización y su liberación.

Mi impresión personal es que, ausentes las referencias culturales existentes en sociedades capitalistas más avanzadas como la Escuela de Frankfurt, la Internacional Situacionista o el renaciente movimiento libertario, el maoísmo sirvió de bandera para la voluntad impugnatoria no sólo del régimen franquista sino de los trazos éticos y culturales de consumismo y alienación que iban penetrando en la sociedad española.

Pero se trata, como digo, de una impresión personal que no está sustentada por una reflexión profunda y meditada que tal vez merecería la pena ser realizada. Porque es lo cierto que aquellas voluntades y sentimientos impugnatorios, si existieron, fueron ahogadas por rancios discursos estalinistas que, si pudieron provocar fugaces impresiones de autenticidad revolucionaria, condujeron a transitar caminos políticamente agotados por su desconexión con las aspiraciones de la mayoría de la población trabajadora de la época.

Tras unos comienzos atormentados en los que las escisiones se alternaron con las caídas y el sectarismo fue la tónica dominante, el PCE(i) encontró un vía para su desarrollo como organización política no sólo en el mundo estudiantil sino —y de forma espectacular para los propios militantes— entre una clase trabajadora ávida de encontrar discursos y relatos expresivos de su protagonismo histórico. Cualquier compañero con alguna experiencia sindical en aquellos años podrá atestiguar que con frecuencia la afiliación en una empresa ó un tajo venía determinada sólo por aquel sindicato o partido que antes hubiera llegado, tal era la avidez con la que los trabajadores acogían en estos primeros momentos de semilibertad o disminución de la capacidad represiva del régimen cualquier expresión de militancia obrera.

Favoreció también este desarrollo organizativo la práctica de un discurso político extremadamente simple cuyo pasivo se tradujo en un —en general— bajo nivel teórico de la militancia que acaso haya podido tener consecuencias de indefensión de esta militancia con la aparición de la decepción y el desencanto político. Pero esto es, también, una mera impresión personal que en absoluto altera lo que, al contrario, creo que constituye el principal activo de esta militancia del PTE, toda una muestra de generosidad y abnegación en la mejor tradición de militancia comunista del siglo XX.

Quienes militábamos en el PCE(i) de los primeros setenta éramos extremadamente sectarios dentro de un clima general de sectarismo que afectaba a casi todas las organizaciones a la izquierda del PCE y que se acentuaba con las oleadas represivas que periódicamente descargaba el régimen. Una “clandestinitis” llevada al paroxismo impedía realizar un auténtico trabajo de masas lo que, en la práctica y salvo contadas excepciones, se traducían en ir la cola de las iniciativas del PCE para intentar “enrojecerlas”. El resto del trabajo político se consumía en la vigilancia contra las desviaciones y en un trabajo de captación, formación y organización con rendimientos más que modestos.

De esta época yo destacaría el relativo crecimiento de las Juventudes Universitarias Revolucionarias en donde yo militaba y el entusiasta maoísmo de nuestros discursos (recuerdo en especial un acto en los comedores del SEU para honrar la “Gran Revolución Cultural Proletaria” que vivimos como un éxito de organización y audacia). Creo que se trataba del desconocimiento que teníamos de la evolución de la sociedad que pretendíamos cambiar en cuyo seno se producían cambios que habrían de acelerarse y precipitarse a la primera ocasión de desfallecimiento del régimen.

El juicio de Burgos en 1970 en el que el régimen pretendió hacer un castigo ejemplar con varias penas de muerte para varios militantes de ETA supuso un fuerte varapalo para los intentos de modernización y reforma del régimen del 18 de julio emprendido por la gente del Opus Dei. La imagen fabricada por Fraga en los “venturosos sesenta” se iba al garete entre las multitudinarias manifestaciones que recorrieron varias ciudades europeas y en los actos clandestinos de repudio de la Dictadura realizados sobre todo en las universidades de Madrid y Barcelona. El PCE y con él toda la izquierda realmente existente (el PSOE ni estaba ni se le esperaba) se volcaron en estas movilizaciones que obtuvieron el triunfo de salvar del pelotón de fusilamiento a Izko de la Iglesia, Onaindía y el resto de sus compañeros al precio de cientos de detenciones y una tremenda represión en el curso de la cual fue asesinado en Eibar el militante del PCE (i) Roberto Pérez Jáuregui.

Los éxitos más importantes de la política del PTE pueden situarse en los campos sindical y de la juventud plasmados en la creación de dos potentes organizaciones: la Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores (CSUT) y la Joven Guardia Roja (JGR).

El espectacular desarrollo del movimiento obrero en los últimos años del franquismo planteaba la disyuntiva sobre su forma de organización. De forma muy esquemática se planteaban dos opciones. La primera era recuperar la forma clásica de organización sindical en sindicatos de rama agrupados en grandes confederaciones diferenciadas por obediencias de tipo ideológico político (cristianodemócrata, socialdemócrata y comunista) similares a las que existían en algunos países del continente y articuladas sobre la base de un

“Así que una ocasión tan trascendente como el período constituyente pasó sin que las fuerzas que potencialmente podían impugnar el asentamiento de la democracia capitalista hicieran algo significativo para impedirlo”

apoyo ganado en elecciones sindicales. El pluralismo fue uno de los argumentos más utilizados por los defensores de esta tesis, el PSOE y la UGT, a la que terminaron plegándose las CC OO bajo la dirección del PCE.

La segunda postulaba, desde la experiencia de las Comisiones Obreras y el desigual desarrollo del movimiento asambleario, un movimiento obrero “unitario”, una “central única” que fuera la organización unitaria de la clase. Acusaban los partidarios de esta fórmula a los de la primera, de trasladar la lógica del parlamentarismo al interior de la empresa y las relaciones de producción.

Pero sin salir del campo sindical la militancia del PTE puede apuntarse como principal activo el haber creado y desarrollado en unas condiciones ciertamente difíciles el

Sindicato de Obreros del Campo (SOC) de Andalucía, que supo combinar desde el principio las seculares reivindicaciones por la tierra de los trabajadores jornaleros andaluces y su lucha contra el latifundismo (y hacía falta coraje para enfrentarse a aquellos señoritos educados en el desprecio y el odio a los trabajadores, protegidos por la permanente presencia de la Guardia Civil) con una radical concepción anticapitalista que incorporaba, además, buena parte de los contenidos que han sido acervo de las propuestas ecologistas.

En el campo de la juventud, la escena estaba dominada por un proceso de radicalización primero entre la juventud estudiante y luego entre los jóvenes trabajadores en la que actuaban como elementos motores tanto como la politización acelerada por la crisis del régimen franquista, las referencias culturales y éticas de ruptura eclosionadas en los años sesenta en torno a los fenómenos de masa de la música rock, la liberación sexual, las críticas contra la sociedad de consumo o la lucha por los derechos civiles en USA, etc. Dentro de este clima general de radicalización, destacó sobremanera la de la juventud que abrazó los ideales y la organización comunista y, entre ella, por la referencia tan explícita a símbolos y referencias de un pasado idealizado del PCE de la época del Frente Popular, la Joven Guardia Roja que tuvo el acierto de unir a esta simbología, tal vez ya algo añeja, una efectiva radicalidad en la defensa de reivindicaciones de carácter democráticos, por ejemplo, entre los soldados.

Armado con ese bagaje, la intervención del PTE estuvo vinculada a las peripecias de la transición de la dictadura al régimen parlamentario y asociada a su desenlace.

Cuando en las postrimerías del franquismo se aceleraron los movimientos para constituir plataformas de intervención en pos de la recuperación de las libertades, la dirección del partido no dudó en integrarse en la Junta Democrática, incluso al precio de aceptar la imposición de Carrillo de cambiar su antiguo nombre por el de PTE. En la Junta los militantes del PTE desarrollaron una intensa actividad que llevó a ser objeto de una represión especial en la persona de alguno de sus dirigentes como Nazario Aguado. Pero es seguramente en el mundo sindical donde la actividad de los militantes alcanzó más frutos como posteriormente se vería en la construcción de la CSUT.

En todo caso el resultado de referéndum para la Reforma política, verdadero acta de nacimiento del régimen de la transición, puso al PTE, como a todos los partidos de izquierda, ante la tesitura de prepararse para una situación política radicalmente distinta de la prefigurada por la mayoría de ellos. Con su apoyo al proyecto de reforma del franquismo, un electorado que todavía no era un “demos” avaló la estafa democrática perpetrada por el aparato del Movimiento Nacional con la inestimable colaboración de los organismos de posición agrupados en la *Platajunta*.

A partir de Enero de 1977, era claro que había empezado la cuenta atrás para la operación de legitimación de esta reforma del franquismo cuyos hitos más importantes serían las primeras elecciones a Cortes con una pluralidad incompleta (eran ilegales la totalidad de los partidos a la izquierda del PCE) y la promulgación de la Constitución elaborada por esas Cortes cuya condición de constituyentes fué ocultada al propio electorado.

En este contexto que suponía una desventaja de partida, el PTE como la mayoría de la izquierda del PCE, se planteó la concurrencia a las elecciones utilizando la vía de las agrupaciones o coaliciones de partidos, en ese caso la coalición Frente Democrático de Izquierdas (FDI) con la recién legalizada y prácticamente inexistente Esquerra Republicana de Catalunya y el Bloque Democrático y Social, una “marca blanca” creada a los solos efectos de la participación en las elecciones y la realización de la campaña y en el que por unas semanas “militamos” los que lo hacíamos en el PTE.

Los resultados obtenidos, siendo los mejores de la extrema izquierda (el FDI obtuvo un acta de diputado por Catalunya que ocupó Heribert Barrera), no dejaron de ser decepcionantes sobre todo si se comparan con los obtenidos por formaciones políticas recién inventadas o resucitadas al calor de operaciones de mercadotecnia, como el propio PSOE.

Las elecciones del 77, realizadas con la legitimidad derivada del referéndum para la Reforma política, en cuyo proceso participaron los organismos de la llamada oposición democrática (y no participaron algunos partidos como la LCR), venían a cerrar las esperanzas de un auténtico proceso constituyente y consa-

graban el inicio de un régimen político en el que el reconocimiento de la soberanía popular y la propia promulgación de la Constitución se haría bajo la vigilancia del ejército responsable de la sublevación facciosa contra la legalidad democrática en 1936 y espina dorsal de la dictadura durante cuatro décadas, vigilancia que se consagraría en el propio texto constitucional al atribuirle la función de “*velar por la indisoluble unidad de la nación española*”.

Constituido el primer gobierno de la UCD, la lucha contra la crisis económica se convirtió en el argumento central de su obra de gobierno, directamente inspirada por el grupo de economistas que, encabezados por Fuentes Quintana, preconizaban un proceso de reestructuración del capitalismo español destinado a expulsar a los capitales menos aptos y a mejorar las expectativas de rentabilidad de los supervivientes mediante un pacto de rentas garantizado por la colaboración del entonces todavía pujante movimiento obrero. Los Pactos de la Moncloa fueron la verdadera fundación del régimen político actual y en su contenido se sentaron las auténticas bases materiales de la Constitución que había de promulgarse un año después.

En la conclusión de ese pacto de rentas consagrado en los Pactos de la Moncloa volcó toda su capacidad de movilización del aparato del PCE, por entonces dirigente indiscutido en CCOO, para conseguir la presencia de Carrillo y Tamames en un cónclave en donde su menguada representación parlamentaria no autorizaba a estar. Tal vez fuera esta ocasión y en la de la manifestación del 28-F de 1981 de repulsa del golpe de Tejero los últimos expresiones de la capacidad de movilización del partido que había sido el primer baluarte de la resistencia antifranquista.

Contra los Pactos de la Moncloa se templó la capacidad de movilización del PTE a través de la CSUT recién constituida y es preciso recordar algunas reivindicaciones de la época como la propuesta de incrementos salariales, cifrada en un 30% frente al 22% que proponían las CCOO del PCE. Ello no obstante fue insuficiente para levantar la movilización social que requería la ocasión, una movilización potencialmente anticapitalista porque debía basarse en la propuesta de una salida distinta de la crisis de la que preconizaban Fuentes y sus discípulos, muchos de los cuales desempeñarían responsabilidades políticas en los gobiernos del PSOE.

No hubo una propuesta anticapitalista digna de tal nombre, ni fuerza política capaz de articularla y el PTE ni siquiera fue consciente de su necesidad.

El referéndum constitucional representó otra ocasión de decepción, en este caso motivada por la confusión generada entre el posible electorado ganado en 1977 y entre la misma militancia por la distinta recomendación de voto postulada por el PTE, la abstención en Euskadi y un “*sí crítico*” –que nadie sabía lo que quería decir– en el resto del Estado. Con tan confusa posición, el PTE dejó sin

orientación política a miles de militantes y gentes de izquierda y contribuyó al asentamiento de un clima de resignación que no ha dejado de manifestar sus efectos desde entonces.

Las propuestas *frentepopulistas*, además de estar fuera del tiempo y de la estructura social y política de la España de los setenta, eran incapaces de sintonizar con las potencialidades antagonistas que subyacían en la construcción, del movimiento obrero y el resto de los movimientos sociales que por entonces comenzaban su emergencia. Las que las trascendían como los de la LCR, la OIC o el naciente movimiento por la autonomía obrera, eran excesivamente pequeñas como para alcanzar un umbral mínimo de audiencia entre los grupos subalternos.

Así que una ocasión tan trascendente como el período constituyente pasó sin que las fuerzas que potencialmente podían impugnar el asentamiento de la democracia capitalista hicieran algo significativo para impedirlo. El “sentido común” de la sociedad española se acomodó de nuevo a lo que venía de arriba dando por concluido el tiempo de cambios inaugurado con la muerte de Franco. A partir de ahora y salvo episodios esporádicos como el referéndum sobre la OTAN o las movilizaciones contra a guerra del 2003, la historia política se escribe en clave de Termidor y los vectores de reacción al empuje del movimiento obrero de los setenta son los que llevan la iniciativa.

Las elecciones generales de 1979 confirmaron la decepción inicial, esta vez sin la compensación de escaño alguno aunque confirmaron la existencia de una franja del electorado dispuesta a apoyar opciones críticas con el rumbo de la política española, materializado en la Constitución y en los Pactos de la Moncloa. Hecha esta constatación y la coincidencia en la misma con la dirección de la ORT, se acordó iniciar un proceso de unificación orgánica así como el apoyo a la candidatura que más votos hubiera obtenido en las elecciones generales.

Comenzaban los tiempos del desencanto para toda una generación de militantes que, si jóvenes en su mayoría, habían hecho una dura experiencia en la lucha antifranquista.

Aun así, las primeras elecciones democráticas a ayuntamientos y corporaciones locales brindaron la posibilidad de enjugar algunas heridas obteniendo más de 200 concejales, alguno de los cuales han continuado recibiendo el apoyo del electorado hasta nuestros días como en Puerto Real.

Pero el PTE, como otras organizaciones de la izquierda comunista forjadas en la clandestinidad y la lucha contra la dictadura, estaba tocado del ala. Ni siquiera la unificación con la ORT con las siglas PTE (Partido de los Trabajadores de España), demandada por la militancia de base y superando el lamentable espectáculo de dos sindicatos con la U de “unitario” [*el Sindicato Unitario era la organización sindical creada por la ORT*] en sus siglas, pudo compensar los efectos de los batacazos electorales medidos en términos de desconcierto polí-

tico, desmoralización militante y, por qué no decirlo, el peso de una deuda que hubo de ser liquidada con el esfuerzo personal de muchos militantes.

Mientras tanto los vientos estaban cambiando y no precisamente en la dirección que cantara Bob Dylan una década antes. Es verdad que se habían sucedido las revoluciones en Irán y en Nicaragua y que las luchas obreras contra la dictadura estalinista en Polonia alcanzaban una dimensión superior a la de cualquier país occidental pero en el centro del sistema estábamos comenzando el reflujó de las luchas de los sesenta y los setenta y nuestras propuestas y nuestras organizaciones iban quedando arrinconadas en la periferia del acontecer político.

Desaparecidas en buena medida las luchas de masas, nuestras organizaciones iban quedando sin el medio en el que Mao Ze Dong recomendaba desenvolverse a los comunistas. En un momento de confusión generalizado, la investigación teórica y la ansiedad militante llevaron a una minoría dirigente del PTE a escudriñar nuevos caminos con el documento “*Una nueva fuerza para una nueva civilización*” en el que, de forma tardía y algo confusa, se pretendían incorporar algunos debates y reflexiones de la izquierda académica europea de unos años antes; pero ni la textura ideológica de la militancia ni, sobre todo, su situación de desánimo hacían posible una aventura de estas características y el PTE se disolvió en una desbandada general con trayectorias muy distintas según la procedencia social y cultural de sus militantes. En general, los militantes procedentes de la ORT que continuaron su carrera política ingresaron en el PSOE mientras que los procedentes del PTE o se fueron a su casa o volvieron a CC OO y algo más tarde ingresaron en IU.

Para cuando a mediados de los ochenta, ya con el PSOE en el gobierno y en marcha un proceso de reestructuración del capitalismo y del mundo del trabajo que habría de afectar a las perspectivas de la izquierda, vinieron las grandes movilizaciones contra la entrada de España en la OTAN, el PTE ya era recuerdo y sus militantes, con trayectorias muy distintas, lo más que podíamos hacer era encontrarnos en las manifestaciones y preguntarnos por qué algo que había costado tanto esfuerzo levantarlo se había esfumado con tanta facilidad.

Estos son los recuerdos, torpe y confusamente contados, de un militante del PTE. Mi experiencia es la de tanta gente de mi generación que quiso “coger el cielo con las manos” formando parte de un movimiento comunista idealizado y del que aún no habíamos conocido el daño sufrido por la pesadilla estalinista. Contarla tiene alguna función más que la de dar a conocer a los compañeros más jóvenes la historia en la que algunos participamos. Significa la posibilidad de volver a pensar juntos una experiencia en la que quisimos derrocar la dictadura franquista y acumular fuerzas para el enfrentamiento contra el capitalismo. Poder decirlo en *VIENTO SUR* es la seguridad de seguir en el mismo combate.

**José Antonio Errejón** fue militante del PTE.